

“Acampe” en la Universidad de Chile

La rectora de la Universidad de Chile, Rosa Devés, ha afirmado que es inconveniente romper los acuerdos de cooperación académica que el plantel mantiene con diversas instituciones universitarias de Israel; a su juicio, generalmente es en las universidades donde “están las disidencias”. Devés, así como las autoridades de otras casas de estudios, enfrentan la presión de sectores estudiantiles que exigen terminar todo tipo de intercambio con universidades israelíes, en rechazo a los daños en la población civil palestina que ha causado la respuesta militar de Israel tras el ataque terrorista de Hamás.

Las movilizaciones para cortar los vínculos docentes, de investigación y financie-ros con Israel comenzaron en las universidades de Estados Unidos y se extendieron luego a campus de Europa occidental y América Latina. Debido a su visibilidad, en el centro de Santiago, un grupo de alumnos permanece desde el 15 de mayo en la Casa Central de la Universidad de Chile. En ese marco, el sábado 8 desplegaron hacia la Alameda un cartel llamando “a romper la relación sionista”, ilustrado con un dibujo de la rectora Devés siendo besada por el

“Es evidente la escasa representatividad de quienes han ocupado la Casa Central, apenas un puñado de estudiantes”.

primer ministro israelí Benjamin Netanyahu. La acción ha sido fuente de una intensa controversia y de múltiples muestras de apoyo a Devés, incluidos las de miembros del Gobierno.

Ciertamente, el llamado “acampe por Palestina” se inscribe en una historia larga de manifestaciones, paralizaciones y ocupaciones por parte de los estudiantes, fundamentalmente en las universidades públicas —solo interrumpidas durante la dictadura—, organizadas en función de distintas reivindicaciones, tanto propias de la actividad de las universidades —asuntos de participación, financiamiento o infraestructuras— como de otras de mayor alcance. Se trata de un fenómeno casi ritual a la institución universitaria, chilena y latinoamericana, que ha pasado por diferentes etapas o ciclos; por lo mismo, parece oportuno observar la actual controversia con una perspectiva de más largo plazo.

En este contexto, es evidente la escasa

representatividad de quienes han ocupado la Casa Central, apenas un puñado de estudiantes cuyo discurso se reconoce en expresiones de la izquierda más radical. La demanda para suspender o romper los convenios con las entidades israelíes ha sido levantada por la Confech —que convocó a una marcha el pasado 24 de mayo a la cual acudieron no más de 300 personas— en conjunto con la FECh; esta última organización, sin embargo, enfrenta un delicado momento luego de que en la segunda vuelta para elegir la nueva mesa solo votara el 9% del padrón.

De cualquier forma, la intensidad retórica y la cierta desmesura en las acciones, las opiniones y la puesta en escena de los actores que han intervenido en la disputa, reflejan más bien los micro conflictos que atraviesan a la universidad, las diferentes realidades de las facultades —en varias unidades académicas la cuestión palestina convive con peticiones laborales, por recursos materiales y contra la “precarización”—, la captura por parte de minorías del espacio universitario, la práctica de la cancelación y los antiguos problemas de gobernanza del plantel que trascienden las atribuciones de la rectoría, una suma de factores que sugiere la existencia de una crisis de autoridad.